

Sobre el Perú

Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo



Capítulo 12



Pontificia Universidad Católica del Perú

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

FONDO EDITORIAL 2002

Sobre el Perú: homenaje a José Agustín de la Puente Candamo

Editores:

Margarita Guerra Martinière

Oswaldo Holguín Callo

César Gutiérrez Muñoz

Diseño de carátula: Iván Larco Degregori

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima

Telefax: 330-7405. Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Obra completa: ISBN 9972-42-472-3

Tomo I: ISBN 9972-42-479-0

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-2418

Primera edición: mayo de 2002

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Los últimos soldados del rey

Fernán Altuve-Febres Lores

Probablemente uno de los sucesos más interesantes de los inicios de la historia republicana del Perú y que ha pasado casi inadvertido para la generalidad de los estudiosos de este período es la resistencia realista en las serranías de Huanta, que cual Vendée andina afrontó por largos años los embates de la represión de la República.

Un mejor estudio de la Emancipación, que en propiedad fue una guerra de secesión de la monarquía, nunca estará completo si no se recuerda a esos valiosos comuneros que defendieron sus convicciones más allá del cumplimiento del deber y cuyo sacrificio les ha dado un lugar dentro de una visión plural de lo que es la peruanidad.

Los comuneros de la sierra de Huanta en Ayacucho son conocidos con el nombre de iquichanos por el pueblo de San José de Iquicha. Ellos desde tiempo inmemorial fueron amantes del rey, a quien consideraban como un padre común, un enviado de Dios, que se había convertido para ellos en el inca católico. Por esto el vínculo de vasallaje que los unía a la Corona estaba potenciado por una poderosa relación filial y sacral.

La conmoción que significó el ocaso de la monarquía católica en las pampas de la Quinua se evidenció desde el primer momento. El signo visible de esto lo tenemos al observar que inmediatamente después de la batalla de Ayacucho (9-XII-1824), las guerrillas indígenas realistas ajusticiaron al teniente coronel Medina quien, como mensajero, llevaba a Lima los partes de esa victoria para Simón Bolívar.

Partiendo de este hecho, se inició un movimiento de resistencia indígena contra la República, contra el "infame gobierno de la patria" como ellos decían. Por esta razón las represalias no se hicieron esperar; "En castigo por su militancia realista, la provincia de Huanta fue grabada en 1825 con un impuesto de 50,000 pesos por orden del Libertador" (Méndez 1992: 23). Esta militancia leal y persistente era de vieja data y había sido reconocida en 1821, cuando el virrey La Serna le otorgó a la ciudad un escudo con una divisa que rezaba "jamás desfalleció".

La gravedad que representó este cuestionamiento al régimen republicano lo apreciamos claramente al observar que el 6 de agosto de

1826, segundo aniversario de la batalla de Junín, dos escuadrones de patrióticos *Húsares de Junín* se sublevaron en Huancayo y marcharon para unirse con los monárquicos de Huanta. Como consecuencia de este suceso se reinició una represión indiscriminada contra las comunidades iquichanas.

La situación se hizo tan crítica que el mariscal Santa Cruz, encargado del mando, tuvo que salir en secreto de Lima (17-VII-1827) a pacificar la región, para lo cual dio en Huanta un indulto general que reforzaba una Ley de Pacificación, que había sancionado el Congreso (14-VII-1827). Un nuevo indulto dado por el presidente La Mar, meses después, evidencia que en realidad la pacificación era aparente.

Pero el problema era de principio. La República era considerada por los andinos como enemiga de su pueblo y de su fe. Así, los comuneros siguieron a Antonio Navala Huachaca, un nativo que había jurado defender a su rey y la fe católica. Tan grande fue su fidelidad y firmeza en el combate que durante la guerra de separación, el Virrey lo recompensó ascendéndolo al alto rango de brigadier general de los reales ejércitos del Perú.

Tal era la personalidad del caudillo que el campesinado huantino llegó a identificarse absolutamente con su líder y su causa, proclamándolo en las montañas y en los desfiladeros andinos a gritos de "¡Navala Victoria!" los que eran respondidos por un "¡Mamacha Rosario!" en recuerdo de Nuestra Señora.

Lo cierto es que en Huanta, el Estado republicano fue realmente abolido por Huachaca que desde su *castillo*, sus *tribunales* y sus *cabildos* administraba el poder nombrando a sus delegados o *alcaldes*, así como organizando *diezmeros*¹ que recaudaban fondos para la causa de "Su Majestad Católica".

Pero esto no fue lo único:

Este pseudo estado llegó a disponer la movilización de mano de obra para la "refacción de puentes y caminos" y más sorprendente aún, sus atribuciones abarcaron reglamentación del orden público, estableciendo patro-

¹ La popularidad del diezmo pagado a Huachaca radicaba en que era el único impuesto exigido, a la usanza de la Colonia, donde el antiguo tributo indígena eximía del pago de cualquier otro impuesto, mientras que los tributos que el estado republicano levantaba eran adicionales al diezmo y no evitaba el pago de otras contribuciones.

nes éticos de conducta para los individuos bajo su jurisdicción" (Méndez 1991: 183).

En este mismo orden de cosas, existía un *ejército iquichano* con rifles, lanzas y hondas que estaba muy bien organizado en *guerrillas* y *columnas de honderos*, todos uniformados² y con una oficialidad bien disciplinada. Al lado de la infantería estaba también la caballería denominada los *Lanceros de Santiago* conocidos por su bravura (Cavero 1953: 183). Este ejército si bien tenía una estructura regular era apoyado por mujeres y jóvenes, constituyendo en sí una verdadera cruzada popular.

El caudillo andino en una carta al prefecto republicano manifestaba su crítica al nuevo régimen diciendo:

Ustedes son más bien los usurpadores de la religión, de la Corona y del suelo patrio [...] ¿Qué se ha obtenido de vosotros durante tres años de vuestro poder? La tiranía, el desconsuelo y la ruina en un reino que fue tan generoso. ¿Qué habitante, sea rico o pobre, no se queja hoy? ¿En quién recae la responsabilidad de los crímenes? Nosotros nos cargamos semejante tiranía (Altuve-FebresLores 1996: 214).

El 12 de noviembre de 1827, los iquichanos sorpresivamente tomaron Huanta después de una débil resistencia del batallón "Pichincha al mando del huidizo, sargento mayor Narciso Tudela (Cavero 1953: 197). Los iquichanos estaban dirigidos por su caudillo, el "General Huachaca", y por los comandantes de las fuerzas guerrilleras entre los que destacaban el vasco-francés Nicolás Soregui, Francisco Garay, Francisco Lanche, Tadeo Chocce, tratado de "Excelentísimo coronel", Prudencio Huachaca, hermano del caudillo, y el presbítero Mariano Meneses, "capellán del ejército iquichano".

En las alturas de Iquicha se había alzado nuevamente el estandarte monárquico. Sus planes eran de la mayor envergadura: tomar Huanta, liberar Huamanga y Huancavelica, y por fin, la "Restauración del Rei-

² Los iquichanos usaban camisa, saco corto y pantalón de bayeta de color blanco sostenido por una faja tejida de lana con motivos incas llamada *chumpi*; *secco* o zandalias de cuero de res o llama sin curtir, montera, *lliclla* o manta, atada a la cintura poncho de lana o de alpaca y *misca* o bolsón destinado para guardar la coca y la *tocra* (Cavero 1953: 183). Pino destaca que usaban: "Sandalias de cuero de res, medias, pantalón azul corto, camisa y cabellera larga, montera y poncho" (Pino 1955: 14).

no",³ extirpando a los republicanos, proclamando un ideario contrarrevolucionario y antiliberal, el que se ve apoyado por clérigos como:

El padre Pacheco, llamado en documentos oficiales el Apostata y el sacerdote Navarro, quienes acostumbrados a enardecer los ánimos y a convencer a las masas desde el púlpito, cambian los hábitos clericales por la casaca de guerrilleros para dirigir los combates con sable en mano y pistola de chispa al cinto (Cavero 1953: 197).

En estos verdaderos cruzados de Dios, vemos al bajo clero ortodoxo dirigiendo la logística de los indígenas excluidos, mientras eran acusados de "apostasía" y excomulgados por el alto clero regalista y liberal, tras haberse alejado de la sumisión burocrática que significaba patronato republicano.

Ante los sucesos de Huanta, el prefecto de Ayacucho, Domingo García Tristán, preparó la defensa de la capital departamental constituyendo una alianza defensiva entre los gremios y oficios de la ciudad, conocidos como "cívicos", y los andahuaylinos y morochucos, que eran comunidades históricamente enemigas de los huantinos.

En la mañana del 29 de noviembre de 1827, se produjo el esperado ataque a Ayacucho, donde el ejército campesino iquichano izaba sus banderas con la cruz de Borgoña a los gritos de "¡Viva el Rey!". Pero la superioridad de los morochucos y andahuaylinos, bien armados y en número de 2,000 lograron contener el ataque y contrarrestarlo en la pampa de Arcos donde quedaron los combatientes católicos.

Inmediatamente, después del asalto a Ayacucho, el coronel Francisco Vidal, ocupó la ciudad de Huanta y se lanzó a la persecución de los indígenas que se habían refugiado en las alturas.⁴ Lo dramático de estos acontecimientos fue relatado, poco tiempo después de los sucesos, por el comerciante alemán Heinrich Witt, quien escribía en su diario:

Las tropas del gobierno tomaron nuevamente, posesión de la ciudad y si se puede creer a los huantinos se portaron peor de lo que lo habían hecho los indios, no sólo saquearon las casas, sino que ni siquiera respetaron la igle-

³ En todo momento los iquichanos, esperaban una intervención de la Santa Alianza para la restauración monárquica peruana. Es sabido que en esos días Manuel Heredia, Feliciano Suárez y Juan Figuereo fueron procesados como "agentes comisionados y espías".

⁴ El 12 de diciembre, el general Otero, al mando de 300 hombres reforzó la ciudad para evitar posibles ataques.

sia, de donde se llevaron las vasijas sagradas hechas de plata, estatuas de ángeles del mismo valioso metal, flecos de oro y plata, en resumen, todo lo de valor. Un oficial fue acusado de haber enviado a Huamanga no menos de nueve mulas cargadas de cosas robadas (Witt 1992: 232).

La diferencia con el proceder republicano estuvo –como dice Caveró– en que:

Los iquichanos pelean, únicamente, contra los soldados armados, contra ellos pero nunca hicieron daño a personas indefensas ajenas al conflicto, ni arrancharon las propiedades de sus enemigos ni incendiaron los pueblos, se limitaron a prender fuego a los edificios que sirvieron de cuarteles a sus contrarios como sucedió con el Cabildo de Huanta, pero los expedicionarios, usualmente llamados Pacificadores fueron mil veces más sangrientos y crueles porque después de vencer la resistencia de los guerrilleros masacraron a los indígenas sin discriminación de ninguno y fusilaron a los prisioneros sin previo proceso de ninguna clase (Caveró 1953: 57).

Después de la caída de Huanta comenzó la fase irregular de la campaña conocida como *guerrillera* o *de los castillos de Iquicha* porque las cumbres andinas sirvieron como fortalezas para la resistencia monárquica del campesinado indígena. El coronel Vidal organizó una campaña de contramontoneras para reprimir y exterminar a los “fanáticos” que sostenían la tradición como ancestral derecho a su autodeterminación.

El más notable suceso, de esta etapa, fue el combate de *Uchuraccay* (25-VIII-1828), donde el comandante Gabriel Quintanilla al mando de los bien armados “cívicos” enfrentaron a los valerosos iquichanos equipados sólo de lanzas y hondas por un lapso de dos horas. En este combate cayó valientemente Prudencio Huachaca y el sargento mayor Pedro Cárdenas entre otros; asimismo fue herido el capitulado Valle quién falleció pocos días después. No habiendo podido capturar al general Huachaca, los vencedores se ensañaron con su esposa e hijos, los llamados “cadetes”, quienes fueron hechos prisioneros y remitidos a Ayacucho.

Poco después se produjo el último combate contra las fuerzas gubernamentales en *Ccano*. Habían transcurrido siete cruentos meses y los republicanos habían logrado “controlar” a las fuerzas indígenas. Se había capturado a Sorequi, Garay, Ramos, al padre Pacheco y al

presbítero Meneses. Pero el indomable Huachaca, como su pueblo no había sido sometido, él seguía cabalgando en su caballo alazán tostado de nombre "Rifle" y era seguido por su séquito, yendo de "castillo en castillo" y resistiendo a los "herejes" liberales.

Entre 1828 y 1838, los ichichanos se mantuvieron al margen de la política pero conservando su orden cerrado y añorando la restauración de su deseado rey. Pino dice sobre este último año que:

En 1838, Huanta o los ichichanos se encariñaron con la causa de la Confederación. El Protector Gran Mariscal Santa Cruz, en su tránsito por aquel lugar, obsequio un vestido de general a un indio Huachaca confiéndole tan alta clase por el conocimiento de su audacia y porque era el primero que representaba la ferocidad de su raza (Pino 1955: 29).

En este hecho, vemos una evidencia de la idea imperial, es decir, pluriétnica y poliárquica de la Confederación Perú-Boliviana, la cual respetaba una heterogeneidad que atentaba contra de la identidad criollo-nacional que postulaba la burguesía costeña. Es por ello que la Confederación venía a significar en nuestra historia *la continuación del Imperio por otros medios*.⁵

Esta defensa del derecho a la diversidad y la tradición es lo que podría haber querido sostener el conservador, García del Río, en el texto del diario *El Perú Boliviano* que nos presenta Cecilia Méndez en su excepcional ensayo "La República sin indios" y, donde la articulista critica a los legisladores de la burguesía porque: "se olvidaron de que cada pueblo encierra en sí el germen de su legislación de que no siempre lo más perfecto es lo mejor" (Méndez 1992: 35).

Mas, la Confederación estaba sentenciada a muerte por la anglófila burguesía de Chile, la que aliada con los "emigrados peruanos" la ahogaron en sangre. Así ocurrieron las primeras invasiones chilenas

⁵ Este carácter conservador de la Confederación del que hablamos puede presentar otra evidencia en su fase constituyente: el Congreso de Tacna de 1837. Es importante resaltar como este cuerpo estuvo integrado por 9 miembros, siendo 3 representantes de cada uno de los Estados (Nor-Perú, Sur-Perú y Bolivia). Conformaba cada misión un militar, un clérigo y un tercero abogado. Es así que el espíritu de los tres estamentos tradicionales (*Bellatores, Oratores, Laboratores*) se repetía con las innovaciones propias de la modernidad. No se debe olvidar además, que con los confederados estaba un poderoso conjunto reaccionario. Entre otros, José de la Riva-Agüero y sus partidarios de la antigua aristocracia limeña, llamados "copetudos" y los contrarrevolucionarios del Sur pro-Tristán y monseñor Goyeneche o el alto-peruano Olañeta.

y la batalla de Yungay, tras la cual vino su disolución el 20 de febrero de 1839.

Para marzo de 1839, el general Huachaca y los indígenas iquichanos estaban nuevamente en armas contra una titulada "restauración" criolla, ahora sostenida por las bayonetas extranjeras. Por ello el ejército católico se despertó de su sueño guerrero para sitiar nuevamente Huanta que estaba ocupada por el batallón chileno *Cazadores*.

Ante esta grave situación el prefecto de Ayacucho, coronel Lopera, envió de refuerzo al batallón chileno *Valdivia* que rompió el asedio y comenzó una cruel expedición en las punas contra la "indiada".

En junio de 1839, se produjo el combate de Campamento-Oroco, donde el general Huachaca sorprendió a los "expedicionarios" y en medio de un tempestad los obligó a una huida desastrosa. En su retirada el contingente republicano para vengar la humillación infringida: "[...] hizo una verdadera carnicería de hombres, sin distinguir ancianos, niños, ni mujeres y de ganados" (Cavero 1953: 218).

En este contexto incierto, el prefecto Lopera propició un acuerdo con las fuerzas iquichanas para encontrar una salida negociada al conflicto. Por esto, en noviembre de 1839, se firmó el Convenio de Yanallay, entre el Prefecto y el jefe iquichano, Tadeo Chocce. Así con un tratado de paz y no con una rendición acababa la guerra de Iquicha. Terminaba la resistencia iquichana, que sostuvo su caudillo, el general Huacacha, pero éste no firmó el pacto; pues prefirió internarse en las selvas del Apurímac antes de ceder su monarquismo ante los que creía "anticristos" republicanos.

Cuando en 1896, los partidos Civil y Demócrata decretaron una contribución sobre la sal afectando los derechos históricos de los huantinos ellos respondieron como siempre con la tradición monárquica como legitimación de sus derechos por que decían: "[...] desde los tiempos del rey jamás habían pagado por la sal, que Dios la había creado de los cerros para los pobres y con la sal se habían bautizado [...]" (Husson 1992: 133).

Bibliografía

ALTUVE-FEBRES LORES, Fernán

1996 *Los Reinos del Perú: apuntes sobre la monarquía peruana*. Lima: Altuve-Febres y Dupuy.

CAVERO, Luis E.

1953 *Monografía de la provincia de Huanta*. Lima: Editorial Rímac.

COTLER, Julio

1978 *Clases, Estado y nación en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

FOWLER, Luis

1924 *Monografía del departamento de Ayacucho*. Lima: Imprenta Torres Aguilar.

HUSSON, Patrick

1992 *De la guerra a la rebelión*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.

LAFAYE, Jacques

1992 *Mesías, cruzadas y utopías*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

MÉNDEZ, Cecilia

1991 "Los campesinos, la independencia y la iniciación de la república". En Henrique Urbano (comp.). *Poder y violencia en los Andes*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas, 165-188.

1992 "La República sin indios". En Henrique Urbano (comp.). *Tradición y modernidad en los Andes*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas, 15-41.

PINO, Juan José del

1955 *Las sublevaciones indígenas de Huanta (1827-96)*. Huanta: Aguilar Editorial.

WITT, Henrich

1992 *Diario 1824-1890. Un testimonio personal sobre el Perú del siglo XIX*. Lima: Banco Mercantil, vol. 1.